

MISA EXEQUIAL EN EL ETERNO DESCANSO DE

D. LAURENTINO FIDALGO CRESPO

Tremor de Arriba, 30 de enero de 2016

Nuestro hermano en el sacerdocio D. Laurentino Fidalgo Crespo descansó en el Señor después que los profesionales de la medicina hicieran todo lo posible por salvar su vida. Ingresado en el Hospital Virgen Blanca de León soportó con paciencia los días de su enfermedad, rodeado del cariño y la atención de sus hermanas y sus sobrinos. Damos gracias a todos los que de una manera u otra os habéis preocupado de que los últimos días de D. Laurentino en este mundo fueran lo más humanos y dignos posible.

D. Laurentino fue religioso trinitario hasta el año 1982 que pidió ser admitido en nuestra diócesis de Astorga donde se incardinó en el año 1985. Durante diez años ejerció como encargado de San Cristobal de Valdueza y otras parroquias y desde 1992 estuvo al frente de las parroquias de Tremor Arriba, Pobladura de las Regueras, Espina de Tremor y Rodrigatos de las Regueras hasta su jubilación. Gracias a Dios pude visitarlo en el Hospital y comprobar su dulce semblante que con paciencia soportaba los dolores de la enfermedad, aunque estaba adormecido por la medicación sin embargo tuvo en aquel momento la suficiente lucidez para saludar a su obispo y mostrarle su comunión por medio del afecto y de la oración. El Señor sabrá premiar con generosidad a nuestro hermano todo el bien que ha hecho en esta vida por amor a Dios y a los demás.

La Palabra de Dios que acabamos de proclamar nos remite a las parábolas con las que Jesús explicaba los misterios del Reino de Dios a sus discípulos. Jesús compara el crecimiento del Reino con el crecimiento de la semilla de trigo, y su desarrollo con el del grano de mostaza. Efectivamente, el Reino de Dios crece lentamente como lentamente se desarrolla la semilla de un grano hasta dar fruto en la espiga. De ahí la importancia que tiene ejercitarse en la virtud de la paciencia y la constancia. Los cristianos deseáramos que todos los hombres conocieran a Jesús, se bautizaran y formaran parte de la gran familia de los hijos de Dios que es la Iglesia rápidamente; pero esto no sucede así porque el Señor quiere contar con nuestra colaboración

para extender su Reino y respetar siempre la libertad de las personas para acojan o rechacen el mensaje del evangelio.

Aquellos que acogen la vida nueva del Reino de Dios y practican sus mandatos son como el arbusto de la mostaza que siendo la semilla más pequeña es capaz de desarrollarse hasta llegar ser un arbusto tan grande que los pájaros vienen a anidar en él. La semilla de mostaza somos cada uno de los cristianos y el arbusto es la Iglesia. La acción de cada cristiano en particular por extender el Reino de Dios unida a la acción de todos los demás que forman la iglesia llena el orbe entero, pues a las ramas de la Iglesia acuden diariamente multitud de personas en busca de la gracia de Dios, de su Palabra y de su consuelo. Acuden para disipar las dudas de la fe, acoger el calor fraterno de los hermanos y unirse a la esperanza en de una vida nueva. Así se va extendiendo en el mundo el Reino de Dios. Hoy sigue siendo válida aquella sentencia de Tertuliano: “Somos de ayer y lo llenamos todo”.

La misión del sacerdote es acompañar el crecimiento del Reino de Dios y su extensión en cada persona y por todo el mundo. Cuidar de cada uno de los cristianos que la iglesia le encomienda para que se entreguen cada día más al Señor que hace crecer en su interior la semilla de la vida eterna que han recibido en el sacramento del bautismo. En la medida en que los cristianos somos fieles a las exigencias del Reino de Dios: un reino de amor, de gracia, de santidad, de justicia, de verdad y paz, en esa misma medida transformamos el mundo, sus estructuras políticas, económicas y sociales según los planes de Dios. Esta es la revolución pacífica que diariamente acompañamos los sacerdotes sin ruidos ni algaradas.

El Papa Francisco dice en la Exhortación Pastoral *Evangelii gaudium*: “Más que nunca necesitamos de hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan los procesos donde campea la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu, para cuidar entre todos a las ovejas que se nos confían de los lobos que intentan disgregar el rebaño. Necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar, que es más que oír.” A los sacerdotes se nos confía esta tarea de acompañar, de curar y cuidar a los hermanos a lo largo y ancho de nuestra vida. Una tarea que está llena de gozos pero también de sufrimientos. Porque gozamos cuando vemos que nuestro acompañamiento espiritual, nuestra escucha de los problemas y nuestros consejos dan fruto en la vida de

los hermanos y poco a poco maduran espiritualmente transformando su vida según el evangelio. Sufrimiento porque es necesario tener paciencia, sabiduría y don de consejo para vencer inercias, pasiones malas, vicios y otras situaciones que impiden la acogida de la gracia de Dios y el crecimiento del Reino de Dios en cada persona y en el mundo.

Nuestro hermano D. Laurentino os acompañó espiritualmente con el ejercicio de su ministerio sacerdotal en esta parroquia y en otras. De él recibisteis la gracia de Dios por medio de los sacramentos para ser fuertes y valientes testigos de la fe; de él recibisteis buenos y sabios consejos que os ayudaron en situaciones de duda, de zozobra o de desilusión. En él encontrasteis una persona que pacientemente escuchaba vuestras inquietudes materiales y espirituales y en la medida de sus posibilidades os ofrecía soluciones. Hoy, D. Laurentino necesita de vuestra oración de vuestro acompañamiento espiritual por eso estáis aquí y por eso ofrecemos este Santo Sacrificio de la Misa para que nuestro hermano, muerto ya para este mundo, pero vivo para Dios, oiga de los labios del Señor las mismas palabras que oyó en la cruz el buen ladrón: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso". Nuestro deseo y nuestra esperanza es que nuestro hermano esté con el Señor en el Paraíso prometido para todos aquellos que creen en él y cumplen fielmente sus mandatos.